

El cuitado Rodrigo no sabía qué hacerse; recordó la deuda del licenciado Sánchez de Córdoba y procuró cobrarla. Pidió una información del cautiverio de sus hijos para que el Rey hiciese merced de algún dinero destinado al rescate. Estos recursos eran insuficientes, pesados, dilatorios. Mientras tanto, Miguel y Rodrigo podían ser víctimas de la ferocidad de sus amos.

Por fortuna, seguía concurriendo á la casa el ingenioso alguacil y grande amigo de la familia Alonso Getino de Guzmán, hombre fértil en trazas y arbitrios. Imaginó, llevado de su buen deseo, un recurso teatral, que él había leído en algún viejo librito de retórica ciceroniana. Hizo que doña Leonor de Cortinas se vistiese las tocas negras de viuda y, como si lo fuese, comenzara á solicitar en la corte alivio á la triste situación de sus hijos, cautivos en Argel y únicos sostenes de la familia; y aquella mujer, resuelta y varonil, que por algo era madre, y madre de tal hijo, se rebozó en su manto y mató moralmente á su marido. Getino de Guzmán, satisfecho de su invención, reía por anticipado al pensar cómo se reiría también su amigo Miguel, cuando se viese libre por arte de comedia é industria de dramaturgo.

CAPÍTULO XX

ARGEL POR DENTRO.—MULEY MALUC.—EL JARDINERO JUAN.
MIGUEL, REDENTOR.

Todo lo que era animación y batahola en la marina y puerto de Argel, era silencio de muerte en la ciudad. Lentas pasaban las horas en ella, sin el ruido de campanas que en los pueblos cristianos comparten la vida. Lentos trepaban por los retorcidos callejones los borriquillos de la azacanería que abastaba de agua al sediento vecindario. Lentas caminaban, por raro caso, á pie las mujeres, "cubierto el rostro con una toca, un bonetillo de brocado en la cabeza y una almalafa que las cubre de los hombros á los pies". Lentas sonaban mañana y tarde al cantar las azalas plañideras las voces de los mucines, repercutiendo de uno en otro alminar. Con mortal lentitud la carcoma iba royendo las maderas; el esclavo, limando los hierros en la mazmorra; la podredumbre, trabajando los cuerpos. Falta de aguas la ciudad y habitada por una muchedumbre de esclavos míseros, por batallones de infectos mendigos y por piaras de cerdos y escuadras de perros vagabundos, siempre había en ella peste blanca ó peste negra, bubones, disentería, sarna y todas las variedades de morbos infecciosos que el desaseo y la incuria crían. Los cadáveres, abandonados en las calles y putrefactos por las aguas del arroyo, eran festín á los perros y á los buitres y grajos que en bandadas acudían de los montes vecinos. En las plazas, formábanse charquetales y madrejones de aguas pútridas en donde cantaban sapos negros y por entre cuyo fango se escurrían sierpes verdosas. Parecía Argel una ciudad hecha de fábrica para la muerte, y las casas, con sus altos ta-

piales encalados, sin fenestras ni agujeros á la calle, y con sólo una angosta puerta cerrada, parecían grandes sepulcros ó panteones que sólo esperasen recibir á sus muertos y guardarlos eternamente.

Como en todas las ciudades mahometanas, y más que en las de Oriente aún, los moradores vivían hacia dentro, procuraban huir de la deletérea calle y zambullirse en la casa, desquitándose con perfumes violentos de la tortura impuesta á sus narices. El pestífero olor de Argel en el verano era tan penetrante, que en ocasiones, atrajo á las lejanas fieras. Los centinelas de la puerta de Babazón, de la de Ramdán y del fuerte de las Veinticuatro horas habían oído muchas noches de estío, el llanto y grito de las hienas; aseguraban algunos haber escuchado también rasgar el silencio nocturno, el bronco rugir del león.

Contrastaba con la miseria advertida en las calles, la opulencia y boato en las casas de los moros y renegados principales. Había entre ellos algunos propietarios ricos, pertenecientes á antiguas familias de Argel, á quienes molestaba sobremanera el predominio y autoridad allí conseguidos por la gente de mar, capitanes corsarios y gobernantes enviados de Constantinopla, casi todos fugitivos de Italia, de Grecia y de Iliria, gente desmandada é infame que lograba los puestos á fuerza de dádivas, vivía de la explotación inícuca y del cohecho, y moría siempre de mala manera. Los moros poderosos y los renegados principales, no se trataban con semejante gentuza, análoga á toda la que los gobiernos corrompidos han enviado siempre á saquear las colonias.

Pero no ha de creerse que todos los habitantes de Argel fueran, como los capitanes de la mar, hombres zafios y facinerosos, injustos y crueles. Había también personas de cultura y de fino sentir, mayormente entre los renegados ricos. Eran estos, hombres que habían perdido la fe por azares ó exigencias de la vida, muy discretos y aficionados á los placeres espirituales. Entre ellos se distinguía el esclavón Agí Morato, cuya casa era de las más suntuosas de la ciudad. Casó con su hija Zara ó Zorayda, el moro Muley Maluc, á quien diversos autores de la época llaman moro famoso, discreto y muy instruído que hablaba turco, español, alemán, ita-

liano y francés, y era de muy gentil juicio y disposición, hábil calígrafo y dibujante de curvas y trazos que constituyen todo el arte gráfico de los moros, y con esto, gran cantador y danzarín y tañedor de laúd, monacordio y vihuela.

Era Muley Maluc uno de esos hombres suaves, de esos delicados artistas que la decadencia pare. Virrey de Fez y destronado por un hermano suyo más guerrero que letrado, su gentileza y cultura consiguieron que al presentarse al Gran Señor, éste mandase á Ramadán bajá, Rey de Argel, que organizara una expedición guerrera para reponer á Muley Maluc en su vacilante tronó. En 1576, hallábase en casa de su suegro Agí Morato y allí le conoció Cervantes quien habla de él diciendo:

Muley Maluco....
 el que pretende ser rey
 de Fez, moro muy famoso
 y en su secta y mala ley
 es versado y muy curioso.
 Sabe la lengua turquesca,
 la española y la tudesca,
 la italiana y francesa;
 duerme en alto, come en mesa,
 sentado á la cristianesca.
 Sobre todo es gran soldado,
 liberal, sabio, compuesto,
 de mil gracias adornado....

Quizás Muley Maluc supo que había entre los cautivos cristianos uno gran poeta y recitante y, sin duda, Miguel aprovechó la ocasión para conocer por dentro la vida y costumbres de aquellos palacios cuyas blancas paredes por fuera eran iguales á las de los más miserables tugurios. Parecióle bien lo que desapasionadamente había de parecer así á quien lo mirase, la cortesía y caballerosidad de los moros, la belleza de las moras, su recatado vivir y el candor de aquellas almas femeninas á quienes el encierro aniñaba para siempre. Posible es que á algunas de ellas le cayese en gracia la gallardía del cautivo español, la viveza de sus ademanes ó la alegría un poco descompasada y soldadesca de su charla.

No cabe negar que en *El gallardo español*, en *La gran sultana* y en *El trato* y *Los baños de Argel*, tanto como en la relación del cautivo y en *El amante liberal*, si hay mucho de lo imaginado que entonces corría primero en lenguas y después en libros, hay mucho también de lo real y visto y palpado. Coinciden con las pinturas y descripciones de Cervantes las del P. Haedo y las del P. Zúñiga y otras contemporáneas, y no difieren esencialmente de las curiosísimas que un siglo después manuscrió el trinitario Fr. Bartolomé Serrano, versificador detestable, pero hombre sagaz, devoto alegre, cuyo libro merecía ser impreso; mas claro está que en éstas no hay, fuera parte del genio que á las de Miguel anima, un reflejo tan fiel y animado de lo descrito. Compárense con las descripciones del Cautivo en la Goleta ó con las narraciones del ingenioso Cristóbal de Villalón y sirvan estas verdaderas relaciones como piedra de toque para conocer cuán poco soñó Cervantes al referir muchos años después lo que entre los moros viera ó al forjar, pasado poco tiempo, las escenas dramáticas de *El trato de Argel* y de *Los baños de Argel*.

Pensar que Cervantes se pasó la vida en la cautividad gimiendo y llorando, es desconocer su carácter. Sin perder de vista ni un punto el propósito de la fuga y del rescate, aprovechó el tiempo, y con la actividad propia de sus veintiocho ó veintinueve años, alternó con toda clase de gentes, conoció y trató á moros ricos y pobres, á renegados altos y bajos, á rastreros y miserables judíos y á moras secretas y escondidas, que no se recataban de los cristianos, y aun muchas se daban buen tiempo con ellos, sin dejar de llamarlos perros, como tal vez las cortesanas viciosas de Alejandría buscaban las carantoñas lúbricas de los hediondos negros esclavos suyos, y aun de perros y monos.

Perros eran para las moras los cristianos, por lo mal que olían generalmente: olían á calle, con ese hedor de las ciudades de Oriente, tan notorio á quien ha viajado por China y la India, mientras que ellas, las moras, con sus cuerpos bañados y ungidos á diario y sus cabellos empapados en esencias, despedían por la casa embriagadores y mareantes perfumes. Algo de esto pueden percibir los olfatos finos en las páginas más regaladas en que

Cervantes habla de las moras, con una blandura y melosa añoranza, que se concibe perfectamente en quien pasó lo más de su vida entre mesoneras y maritornes, á quienes no podía acercarse quien no fuese arriero.

¿No es chocante y pasmoso el que nadie se haya fijado en esto? Como todos los hombres de genio, poseía Miguel agudísimos sentidos, y muy en particular el del olfato. ¿No os acordáis cómo Don Quijote interroga á Sancho si al acercarse á Dulcinea notó un olor sabeo ó una fragancia aromática, cual si se hallase en la tienda de algún curioso guantero? ¡Con cuánto regalo menciona el ámbar y los buenos olores cuando se le ofrece caso para ello, y con qué repugnancia pondera todos los pestilentes y desagradables tuhos ó tufos de Dulcinea ahechando y de Maritornes en la venta! El perfume oriental de las moras quedó en los escritos de Miguel disimulado bajo la ficción poética, pero bien se deja conocer que hubo en su vida argelina de cautivo una parte amorosa, condensada en los bellos tipos de moras, en sus dulces palabras, en su hermosura resignada ó rebelde y varonil. Arlaja, Zara, Fátima, Zorayda, Alima, dentro del patrón general usado por él para concebir y representar las moras en el teatro y en la novela, son algo más que meras fórmulas ó expresiones literarias de un pensamiento en una obra.

Digno de notarse es también que rara vez expresa Cervantes antipatía ni odio contra los moros en general, mientras que las acerbidades de su pluma suele reservarlas para los judíos y los renegados. Distingue con claridad á los corsarios crueles, codiciosos y feroces de los señores y galanes moros, enamorados y corteses, como Agi Morato y Muley Maluc, que murió peleando como bueno frente al desventurado rey Don Sebastián, en la jornada de Alcázarquivir: porque desde que se vió cautivo, comenzó Miguel, no sólo el aprendizaje de la paciencia en las adversidades, sino el de la tolerancia en toda ocasión, y quizás granjeó esta tolerancia en el trato con los espíritus escépticos de los renegados, ó la adquirió en los dulces labios de las mujeres moras. De todos modos, él anduvo suelto por todas partes, recorrió la ciudad en todos sentidos y entró en relaciones y tratos con todo el mundo.

Algún socorro esperaba de España, no mucho, pues hartó comprendía la mala disposición de su familia. Pensaba, no obstante, que D. Juan y el duque de Sessa responderían por él, siendo preguntados, y así aprovechó cuantas ocasiones tuvo para escribir y enviar cartas, solicitudes y peticiones.

Mientras él escribía, su madre y sus hermanas, con tierna actividad, solicitaban en la corte empeños y echaban mano de todas sus relaciones para que su Majestad ayudara al rescate. No sin trabajo, lograron que el Rey mandase dar cincuenta escudos, que el Receptor de Cruzada, San Juan de Eyzaguirre, libró á Doña Leonor, tras algunas dilaciones. Se trataba, es verdad, de un soldado heróico de Lepanto, pero muchos otros había en caso igual. Escaso era el dinero, de todos modos.

Convencida de que es menester buscarle en mayor cantidad y por otras partes, Doña Leonor averigua que ha sido elegido general de la orden de la Merced Fray Francisco Maldonado, el cual, como nuevo en el mando, y ganoso de prestigiarse, piensa emprender con gran diligencia la redención de cautivos. Ya tiene designados para ello á Fray Jorge del Olivar, comendador de Valencia, á Fray Jorge de Ongay, comendador de Pamplona, y al mallorquín Fray Jerónimo Antich. Ya ha comenzado las gestiones para buscar recursos, á fin de que la redención sea numerosa y lucida. La orden mercenaria tiene su orgullo puesto en la noble competencia con la orden de la Trinidad.

Para conseguir sus fines, los mercenarios penetran en el Palacio real y en todas las casas grandes y chicas, recaban limosnas, lo mismo del rey y de la reina que de los soldados rasos, y más de los que pasaran algún tiempo cautivos y conocieran las penalidades de Argel. Los tres frailes elegidos para la redención son tres santos varones, prudentes, avisados y astutos: hombres de mundo y de trato, conocen todas las artimañas y flaquezas de los piratas y dueños de esclavos, saben sus costumbres y se aprovechan de sus debilidades. Además, Fray Jorge del Olivar es un varón evangélico, de alma generosa y pronta al sacrificio.

La madre y las hermanas de Miguel visitan con frecuencia á estos buenos frailes mercenarios en el convento cercano á la casa

de la Latina; les confían sus apuros, logran interesarles en la libertad de aquellos dos soldados cautivos, de quienes todo lo espera la familia; píntanse como viuda y huérfana desamparadas, y viudas, en efecto, doña Andrea, por haber muerto poco antes su primer marido Nicolás de Ovando, dejándole una hija, doña Constantza de Figueroa, y algunos bienes de fortuna, quizás revueltos en la trama de una testamentaría. Las tres mujeres, con sus tocas negras, parecen tres imágenes del dolor y del desconsuelo. El blando corazón de Fray Jorge del Olivar se conmueve al verlas, un día y otro, con su petición y su menesterosa quejumbre. Todo el invierno de 1576 y los primeros meses de 1577 se pasan en estas diligencias y peticiones.

Miguel, entretanto, espera vanamente contestación á sus memoriales y solicitudes. No puede persuadirse de que sus servicios hayan sido absolutamente olvidados; conserva un concepto poético, grandioso de la realidad; no se le alcanza que la prosa, ya en aquellos instantes, gobierna la vida de los hombres y de los pueblos. Desconoce la situación de Don Juan, su ídolo. Pero si aún conserva estas poéticas ilusiones, tampoco abandona los proyectos prácticos de fugarse.

Un día, paseando por la marina, á la parte oriental de Argel, ve un jardín bien cuidado, propio, al parecer, de algún moro rico. Tras las tapias bajas suena una voz alta, fina, atenorada, que canta, cortando rápidamente las cadencias, con el sonsonete morisco de la antiquísima jota de Aben Jot, la vieja copla:

Si mi madre fuera mora
y yo nacido en Argel,
me olvidara de Mahoma,
solo por volverte á ver,
blanca y hermosa paloma... (1)

Miguel se acerca al cristiano que canta. Es navarro, cautivo del renegado griego Hazán y jardinero muy hábil. Con francas y recias frases convida á Miguel á ver el jardín. En el fondo, sobre un recuesto, se hace una cueva entre los peñascos, medio

(1) Véase la música al final de este libro.

oculta por la maleza. Parece un antiguo refugio de bandidos ó de pastores. Cabe allí bastante gente. Miguel concibe, rápido, un plan salvador.

—¿Cómo te llamas?—pregunta al cautivo jardinero; y antes de recibir contestación, por una de esas corazonadas frecuentes, prevé qué nombre va á decir el otro: un nombre que en la vida de Miguel ejerce extraña influencia. El jardinero responde:

—Me llamo Juan.

El nombre del Precursor incita y persuade á Miguel, en lo más íntimo de su alma, de que todo tiempo es bueno para la acción evangélica. Al separarse de Juan, va Miguel en busca de su reciente amigo el doctor Antonio de Sosa, presbítero, esclavo de un judío. Malísima cosa es ser esclavo, pésima ser esclavo de judíos; pues, como nadie ignora, puede con ellos tanto el interés que no deja lugar ni á un resquicio de compasión humana.

Por sí lo experimentó y con paciencia cristiana lo sufrió el mayor amigo de Cervantes en Argel, ó sea este clérigo y doctor Antonio de Sosa, quien, navegando en la galera de Malta, *San Pablo*, fué cautivo del alcaide judío Mahamet, junto á las costas de Cerdeña. Como siempre que caía en manos de corsarios un sacerdote, no bien llegado el Dr. Sosa á Argel, varios renegados y cristianos, por hacerle mala obra ó por congraciarse con Mahamet, comenzaron á decir que aquel presbítero era hombre de gran importancia y de mucho rescate: quién le hizo camarero secreto de Su Santidad, quién cardenal arzobispo; para unos era castellano del Castilnovo de Nápoles, para otros confesor de la reina de España. Cual sucedía con Miguel, la grandeza de alma del Dr. Sosa, en sus dichos y hechos revelada, le perjudicó grandemente.

Por ley de naturaleza, era lo más común en los cautivos desesperarse y hacer fieros en los primitivos días de la adversidad y, pasados estos repentinos, caer en un estado de comático descaecimiento, amohinarse, humillarse, claudicar, disponerse al reniego, ablandarse, por fin, y al cabo someterse al yugo y á la cadena con la resignación pasiva propia de la habitualidad. No era raro ver hombres, que, al ser cautivos, peleaban como leones

y llevaban el pecho galardonado por cruces y venéras, pero que, al pasar el primer ímpetu y á los cuatro ó seis meses de esclavitud, iban agachando el ánimo y contemporizando con su desgracia y decayendo de su decoro hasta trocarse en sumisos canes, al palo obedientes.

Los casos de ecuanimidad y entereza, como el de Cervantes y el del doctor Sosa, eran poco frecuentes y por lo mismo, hacían encarecer su rescate. El arreaez que estaba hecho á apalearse grandes de España, ¿cómo no había de juzgar príncipes y hombres de excepcional valía á los que no mostraban desmayo en ninguna ocasión?

Mas dígame, por honra de la humanidad, que si había hombres tan impíos y perversos como aquellos turcos y renegados mentirosos que declaraban sin empacho haber sido sirvientes y cocineros del pobre doctor Sosa en el Castilnovo de Nápoles y otros que dijeron ser Miguel un caballero de Malta ó de San Juan, pariente de toda la grandeza española, también había no sé qué instinto en las almas de aquellos arreaeces ladrones y asesinos, que les guiaba á reconocer el valor y temple de sus cautivos y á estimarlos y, sin ceder en su malos tratos, no dejarles morir ni matarles por sus propias manos, lo cual era singular merced.

Hambriento, desnudo, cargado de traviesas, atado á un pedrusco y preso en la más honda mazmorra, que era un silo ó sótano á tres ó cuatro estados debajo de tierra, donde la humedad rezumaba en paredes y suelo, pasó el Dr. Antonio de Sosa los primeros días de cautividad. Tres veces le sacaron de allí por muerto y por fin le trasladaron á una mazmorra menos profunda, en compañía de varios moros facinerosos y salteadores de caminos. No sabemos cuándo ni cómo saldría de allí, ó cuándo y cómo le conoció y trató Cervantes: sí que el Dr. Antonio de Sosa, fué la persona más culta con quien comunicó sus proyectos y el cautivo que más apreció á Miguel. Quizás le conoció por intermedio de una muchacha de Alcalá de Henares, cautiva en Argel, que se llamaba Mariana Ramírez, cuyo rescate pagó el doctor en 1581. Lo cierto es que Sosa y Cervantes hablaron largamente, que hubie-

ron tiempo para comunicarse sus obras literarias y aliviar con su lectura ó recitación las penas del cautiverio.

Pero no fué el Dr. Sosa el único hombre de letras con quien Cervantes conversó en aquellos días: conoció entonces al escritor y soldado piamontés Bartolomé Rufino de Chambéry, que, cautivo, se ocupaba en escribir una relación *Sopra la desolazione della Goleta e Forte de Tunisi*, á la que preceden dos sonetos laudatorios de Miguel, en el cautiverio escritos; y poco después entró en relación con el Dr. Domingo de Becerra, presbítero sevillano, que había andado no poco en la corte de Madrid y en la de Roma. Con la gravedad mística y el ascético sufrir del Dr. Sosa, contrastaba la alegría del cortesano doctor Becerra, que en los días más penosos de la prisión andaba ocupado en traducir cierto librito italiano, titulado *Galateo*, donde se comparaba la urbanidad y cortesía de Italia con la torpeza y rustiquez de la canalla turquesca. De este sabio doctor cantó en *La Galatea* Caliope:

No se desdena aquel varón prudente
que de ciencias adorna y enriquece
su limpio pecho, de mirar la fuente
que en nuestro monte en sabias aguas crece,
antes en la sin par clara corriente,
tanto la sed mitiga, que florece
por ello el claro nombre acá en la tierra
del gran dotor DOMINGO DE BECERRA.

Con uno y otro confirió Miguel su proyecto de fuga y después lo confió al capitán Meneses, á D. Antonio de Toledo, á D. Francisco de Valencia y á otros cautivos principales, de cuyo ánimo y valor esperaba mucho.

Desde el mes de Febrero ó Marzo comenzaron á refugiarse en la cueva, de acuerdo con el jardinero Juan, aquellos nobles señores que por la libertad arriesgaban la vida. Miguel les aconsejaba y dirigía á todos, y ellos le amaban ya como á señor y maestro. Pobre y sin recursos, pues su amo era tan codicioso que ni siquiera le daba para comer y vestir, supo Miguel industriárselas para vivir él y para que fuesen viviendo los encerrados en la cueva.

Cómo se hizo este milagro en aquella ciudad hostil y maldita

donde, por no haber, ni había ventanas que se abriesen á la calle para echar una limosna, ni casi puertas á donde llamar, ningún historiador lo ha puesto en claro, ni el mismo Cervantes lo dijo: estas son páginas olvidadas del libro en blanco de las grandes abnegaciones.

Cuando los refugiados en la cueva, que no tenían allí otro oficio sino el más ingrato y duro de todos los oficios humanos, que es el de esperar, viesan aparecer por allí á Cervantes ¿cómo hemos de pensar que le recibirían y que oirían sus palabras llenas de fe, sino como acogían y escuchaban al Divino Maestro los discípulos amados? Hay en esta parte de la vida de Miguel pasos que no dejaron huella, como los de los seres sobrenaturales. Él andaba de un lado para otro, él intrigaba, él pedía, él agenciaba, procuraba, percancebaba y si los momentos no daban más de sí, murciaba para sus amigos de la cueva. Si hubiese robado para ello ¿qué robo más santo y digno de alabanza? En aquella constante rebusca de recursos y medios conoció los tratos de moros y judíos, explotó sus debilidades, engañó como pudo, corrió el muelle y las playas, frecuentó á los peores pícaros que entonces pudieran conocerse, y un día y otro y todos, arriesgó la cabeza, y al verlo y palparlo con peligro de su vida, lo vió y lo palpó con la intensidad necesaria al artista que ha de labrar hondo. Por eso, después no necesitaba atormentarse como se atormentaron Flaubert y otros artistas modernos para lograr una visión sintética de los sucesos del mundo y una plácida indiferencia al transcribirlos. Su concepto de la serena vida se iba ensanchando: la humanidad iba revelándole sus secretos, y cada uno de ellos le costaba á Miguel sangre, sufrimientos, humillaciones, hambres y padeceres de todo género, pero—ya lo había dicho el santo—el más puro padecer trae y acarrea el más puro entender. Al cumplir los treinta años, entendía el padecido Miguel el lenguaje de la vida, cuyos vocablos todos se aprenden en el diccionario del dolor y de la necesidad.